

hallado muertos en su real los cristianos que recogieron el campo; Atabalipa dijo que el día que el Gobernador envió á su hermano Hernando Pizarro á su real para hablar con él, que uno de los cristianos arremetió con el caballo, y aquellos que estaban muertos se habían re-traído, y por eso los mandó matar.

Atabalipa era hombre de treinta años, bien apersonado y dispuesto, algo grueso; el rostro grande, hermoso y feroz, los ojos encarnizados en sangre; hablaba con mucha gravedad, como gran señor; hacia muy vivos razonamientos, y entendidos por los españoles, conocían ser hombre sabio; era hombre alegre, aunque crudo; hablando con los suyos era muy robusto y no mostraba alegría. Entre otras cosas, dijo Atabalipa al Gobernador que diez jornadas de Caxamalca, camino del Cuzco, está en un pueblo una mezquita que tienen todos los moradores de aquella tierra por su templo general, en la cual todos ofrescen oro y plata, y su padre la tuvo en mucha veneración, y él asimesmo; la cual mezquita dijo Atabalipa que tenía mucha riqueza; porque, aunque en cada pueblo hay mezquita donde tienen sus ídolos particulares en que ellos adoran, en aquella mezquita estaba el general ídolo de todos ellos; y que por guarda de aquella mezquita estaba un gran sabio, el cual los indios creían que sabía las cosas por venir, porque hablaba con aquel ídolo y se las decía. Oídas estas palabras por el Gobernador (aunque antes tenía noticia desta mezquita), dió á entender á Atabalipa cómo todos aquellos ídolos son vanidad, y el que en ellos habla es el diablo, que los engaña por los llevar á perdición, como ha llevado á todos los que en tal creencia han vivido y fenescido; y dióle á entender que Dios es uno solo, criador del cielo y tierra y de todas las cosas visibles é invisibles, en el cual los cristianos creen, y á este solo debemos tener por Dios y hacer lo que manda, y recibir agua de bautismo; y á los que así lo hicieron llevará á su reino, y los otros irán á las penas infernales, donde para siempre están ardiendo todos los que carecieron deste conocimiento, que han servido al diablo haciéndole sacrificios y ofrendas y mezquitas; todo lo cual de aquí adelante ha de cesar, porque á esto le envía el Emperador, que es rey y señor de los cristianos y de todos ellos, y por vivir, como han vivido, sin conocer á Dios, permitió que con tan gran poder de gente como tenía, fuese desbaratado y preso de tan pocos cristianos; que mirase cuán poca ayuda le había hecho su dios, por donde conocería que es el diablo que los engañaba. Atabalipa dijo que, como hasta entonces no habían visto cristianos él ni sus antepasados, no supieron esto, y que él había vivido como ellos; y mas dijo Atabalipa, que está espantado de lo que el Gobernador le había dicho; que bien conocía que aquel que hablaba en su ídolo no es dios verdadero, pues tan poco le ayuda.

Como el Gobernador y los españoles hubieron descansado del trabajo del camino y de la batalla, luego envió mensajeros al pueblo de San Miguel, haciendo saber á los vecinos lo que le había acaescido, y por saber dellos cómo les iba, y si habían venido algunos navíos, de lo cual mandó que le avisasen; y mandó hacer en la plaza de Caxamalca una iglesia donde se celebrase el santísimo sacramento de la misa, y mandó derribar la

cerca de la plaza, porque era baja, y fué hecha de tapias de altura de dos estados, de largura de quinientos y cincuenta pasos. Otras cosas mandó hacer para guarda del real. Cada día se informaba si se hacia algun ayuntamiento de gente, y de las otras cosas que en la tierra pasaban.

Sabido por los caciques desta provincia la venida del Gobernador y la prision de Atabalipa, muchos dellos vinieron de paz á ver al Gobernador. Algunos destes caciques eran señores de treinta mil indios, todos sujetos á Atabalipa, y como ante él llegaban, le hacían gran acatamiento besándole los piés y las manos; él los recibía sin mirallos. Cosa extraña es decir la gravedad de Atabalipa, y la mucha obediencia que todos le tenían. Cada día le traían muchos presentes de toda la tierra. Así, preso como estaba, tenía estado de señor y estaba muy alegre; verdad es que el Gobernador le hacía muy buen tratamiento, aunque algunas veces le dijo que algunos indios habían dicho á los españoles cómo hacía ayuntar gente de guerra en Guamachuco y en otras partes. Atabalipa respondió que en toda aquella tierra no había quien se moviese sin su licencia; que tuviese por cierto que si gente de guerra viniese, que él la mandaba venir, y que entonces hiciese dél lo que quisiese, pues lo tenía en su prision. Muchas cosas dijeron los indios que fueron mentira, aunque los cristianos tenían alteracion. Entre muchos mensajeros que venían á Atabalipa, le vino uno de los que traían preso á su hermano, á decille que cuando sus capitanes supieron su prision habían ya muerto al Cuzco. Sabido esto por el Gobernador, mostró que le pesaba mucho, y dijo que no le habían muerto, que lo trujesen luego vivo, y si no, que él mandaría matar á Atabalipa. Atabalipa afirmaba que sus capitanes lo habían muerto sin saberlo él. El Gobernador se informó de los mensajeros, y supo que lo habían muerto.

Pasadas estas cosas, desde algunos días vino gente de Atabalipa y un hermano suyo que venía del Cuzco, y trájole unas hermanas y mujeres de Atabalipa, y trujo muchas vasijas de oro, cántaros y ollas y otras piezas, y mucha plata, y dijo que por el camino venía mas; porque, como es tan larga la jornada, cansan los indios que lo traen y no pueden llegar tan alhina; que cada día entrará mas oro y plata de lo que queda mas atrás. Y así, entran algunos días veinte mil, y otras veces treinta mil, y otras cincuenta, y otras sesenta mil pesos de oro en cántaros y ollas grandes de á dos arrobas y de á tres, y cántaros y ollas grandes de plata, y otras muchas vasijas. Todo lo mandó poner el Gobernador en una casa donde Atabalipa tenía sus guardas, hasta tanto que con ello y con lo que ha de venir cumpla lo que ha prometido. Veinte días eran pasados de diciembre del sobredicho año, cuando llegaron á este pueblo ciertos indios mensajeros del pueblo de San Miguel con una carta en que hacían saber al Gobernador cómo habían arribado á esta costa, á un puerto que se dice Cancebi, junto con Quaque, seis navíos en que venían ciento y cincuenta españoles y ochenta y cuatro caballos; los tres navíos venían de Panamá, en que venía el capitán Diego de Almagro con ciento y veinte hombres, y las otras tres carabelas venían de Nicoragua con treinta hombres, y que venían á esta

gobernacion con voluntad de servir en ella, y que desde Cancebi, como hobieron echado la gente y los caballos para venir por tierra, se adelantó un navío á saber dónde estaba el Gobernador, y llegó hasta Túmbez, y el cacique de aquella provincia no le quiso dar razon dél ni mostralle la carta que el Gobernador le dejó para dar á los navíos que por allí viniesen. Y este navío se volvió sin llevar nueva del Gobernador, y otro que tras él había salido siguió la costa adelante hasta que llegó al puerto de San Miguel, donde desembarcó el maestre y fué al pueblo, en el cual hubo mucha alegría con la venida de aquella gente. Y luego se volvió el maestre con las cartas que el Gobernador había enviado á los del pueblo, en que les hacía saber la victoria que Dios había dado á él y á su gente, y la mucha riqueza de la tierra. El Gobernador y todos los que con él estaban hobieron mucho placer con la venida destes navíos. Luego despachó el Gobernador sus mensajeros, escribiendo al capitán Diego de Almagro y algunas personas de las que con él venían, haciéndoles saber cuánto holgaba con su venida, y que, llegados al pueblo de San Miguel, porque no le pusiesen en necesidad, se saliesen á los caciques comarcas que están en el camino de Caxamalca, porque tienen mucha abundancia de mantenimientos, y que él proveería de hundir oro para pagar el flete de los navíos, porque se volviesen luego.

Como de cada día venían caciques al Gobernador, vinieron entre ellos dos caciques que se dicen de los ladrones, porque su gente saltea á todos los que pasan por su tierra; estos están camino del Cuzco. Pasados sesenta días de la prision de Atabalipa, un cacique del pueblo donde está la mezquita, y el guardian della, llegaron ante el Gobernador, el cual preguntó á Atabalipa que quién eran; dijo que el uno era señor del pueblo de la mezquita y el otro guardian della, y que se holgaba con su venida, porque pagaría las mentiras que le había dicho; y pidió una cadena para echar al guardian porque le había aconsejado que tuviese guerra con los cristianos, que el ídolo le había dicho que los mataría todos; y tambien dijo á su padre el Cuzco, cuando estaba á la muerte, que no moriría de aquella enfermedad. Y el Gobernador mandó traer la cadena, y á Atabalipa se la echó diciendo que no se la quitasen hasta que hiciese traer todo el oro de la mezquita, y dijo á Atabalipa que lo quería dar á los cristianos, y dijo que su ídolo es mentiroso; y dijo el guardian: «Yo quiero agora ver si te quitará esta cadena ese que tú dices que es tu dios. El Gobernador y el cacique que vino con el guardian despacharon sus mensajeros para que trujesen el oro de la mezquita y lo que el cacique tenía, y dijeron que volverían dende en cincuenta días con todo esto. Sabido por el Gobernador que se ayuntaba gente en la tierra y que había gente de guerra en Guamachuco, envió el Gobernador á Hernando Pizarro con veinte de caballo y algunos de pié á Guamachuco, que está tres jornadas de Caxamalca, para saber qué se hacia, para que hiciese venir el oro y plata que está en Guamachuco. El capitán Hernando Pizarro se partió de Caxamalca víspera de los Reyes del año 1533; quince días después llegaron á Caxamalca ciertos cristianos con mucha cuantía de oro y plata, en que vinieron mas de

trecientas cargas de oro y plata en cántaros y ollas grandes y otras diversas piezas. Todo lo mandó el Gobernador poner con lo que primero habían traído, en una casa donde Atabalipa tenía puestas guardas, diciendo que él lo quería tener á recaudo, pues había de cumplir lo que había prometido, para que venido lo entregase todo junto; y por tenerlo á mejor recaudo puso el Gobernador cristianos que lo guardasen de día y de noche, y al tiempo que se mete en la casa lo cuentan todo, porque no haya fraude. Con este oro y plata vino un hermano de Atabalipa, y dijo que en Jauja quedaba mayor cantidad de oro, lo cual traían ya por el camino, y venía con ello uno de los capitanes de Atabalipa, llamado Chilicuchima. Hernando Pizarro escribió al Gobernador que él se había informado de las cosas de la tierra, y que no había nueva de ayuntamiento de gente ni de otra cosa, sino que el oro estaba en Jauja, y con ello un capitán, y que le hiciese saber qué mandaba que hiciese, si mandaba que pasase adelante, porque hasta ver su respuesta no se partiría de allí. El Gobernador respondió que llegase á la mezquita, porque tenía preso al guardian della, y Atabalipa había mandado traer el tesoro que en ella estaba, y que despachase presto de traer todo el oro que en la mezquita hallase, y que le escribiese de cada pueblo lo que le sucediese por el camino; y así lo hizo. Viendo el Gobernador la dilacion que había en el traer del oro, envió tres cristianos para que hiciesen venir el oro que estaba en Jauja y para que viesen el pueblo del Cuzco, y dió poder á uno de ellos para que en su lugar, en nombre de su majestad, tomase posesion del pueblo del Cuzco y de sus comarcas ante un escribano público que con ellos iba; y con ellos envió un hermano de Atabalipa. Y mandó que no hiciesen mal á los naturales ni les tomasen oro ni otra cosa contra su voluntad, ni hiciesen mas de lo que quisiese aquel principal que con ellos iba, porque no los matasen, y que procurasen de ver el pueblo del Cuzco, y de todo trujesen relacion; los cuales se partieron de Caxamalca á 15 días de hebrero del año sobredicho.

El capitán Diego de Almagro llegó á este pueblo con alguna gente, y entraron en Caxamalca víspera de Pascua Florida, á 14 de abril del dicho año; el cual fué bien recibido del Gobernador y de los que con él estaban. Un negro que partió con los cristianos que fueron al Cuzco volvió á 28 de abril con ciento y siete cargas de oro y siete de plata; este negro volvió desde Jauja, donde hallaron los indios que venían con el oro, y otros cristianos se fueron al Cuzco; y dijo este negro que venía el capitán Hernando Pizarro muy presto, que era ido á Jauja á verse con Chilicuchima. El Gobernador mandó poner este oro con lo otro, y contáronse todas las piezas.

A 25 días del mes de marzo entró en este pueblo de Caxamalca el capitán Hernando Pizarro con todos los cristianos que llevó y con el capitán Chilicuchima. Fué le hecho muy buen recibimiento por el Gobernador y por los que con él estaban. Trujo de la mezquita veinte y siete cargas de oro y dos mil marcos de plata, y dió al Gobernador la relacion que Miguel Estete, veedor (que con él fué en el viaje), hizo; la cual es la siguiente:

LA RELACION DEL VIAJE QUE HIZO EL SEÑOR CAPITAN HERNANDO PIZARRO POR MANDADO DEL SEÑOR GOBERNADOR, SU HERMANO, DESDE EL PUEBLO DE CAXAMALCA Á PARCAMÁ, Y DE ALLÍ Á JAUJA.

Miércoles, día de la Epifanía (que se dice vulgarmente la fiesta de los tres Reyes Magos, á 5 de enero del año de 1533, partió el capitán Hernando Pizarro del pueblo de Caxamalca con veinte de caballo y ciertos escopeteros, y el mismo día fué á dormir á unas caserías que están cinco leguas deste pueblo. Otro día fué á comer á otro pueblo que se dice Ichoca, donde fué bien recibido y le dieron lo que fué menester para él y para su gente. Aquel día fué á dormir á otro pueblo pequeño que se dice Guancasanga, sujeto del pueblo de Guamachuco. Otro día de mañana llegó al pueblo de Guamachuco, el cual es grande y está en un valle entre sierras; tiene buena vista y aposentos; el señor dél se llama Guamauchoro, del cual el capitán y los que con él iban fueron bien recibidos. Allí vino un hermano de Atabalipa que venia de dar priesa á que viniese el oro del Cuzco; dél supo el capitán que veinte jornadas de allí venia el capitán Chilicuchima y traía toda la cantidad que Atabalipa había mandado. Visto que el oro venia tan lejos, el capitán hizo mensajero al Gobernador para saber lo que mandaba que hiciese; que él no pasaría de allí hasta ver su respuesta. En este pueblo se informó de algunos indios si venia tan lejos Chilicuchima; y apremiando á algunos principales, le dijeron que Chilicuchima quedaba siete leguas de allí en el pueblo de Andamarca, con veinte mil hombres de guerra, y que venia á matar á los cristianos y á librar á su señor; y el que esto confesó dijo que había comido el día antes con él. Tomado aparte otro compañero deste principal, dijo lo mismo. Visto esto por el capitán, determinó de ir á verse con Chilicuchima, y ordenada su gente, tomó el camino en la mano, y aquel día fué á dormir á un pueblo pequeño que se dice Tambo, sujeto de Guamachuco, y allí se tornó á informar, y á todos cuantos indios preguntaba decían lo mismo que los primeros. En este pueblo hubo buena guarda toda la noche, y otro día por la mañana continuó su camino con mucho concierto, y antes de mediodía llegó al pueblo de Andamarca, y no halló al capitán ni nuevas dél, mas de las que primero el hermano de Atabalipa había dado, que estaba en un pueblo que se dice Jauja con mucho oro y que venia de camino. En este pueblo de Andamarca lo alcanzó la respuesta del señor Gobernador, en que decía que, pues tenía noticia que Chilicuchima y el oro venian tan lejos, que ya sabía que él tenía en su poder al obispo de la mezquita de Pachacama y el mucho oro que había mandado; que se informase del camino que había para ir allá, y que si le parecía que sería bueno ir allá por ello, que fuese; porque entre tanto llegaría lo que venia del Cuzco. El capitán se informó del camino y jornadas que había hasta la mezquita; y aunque la gente que llevaba iba mal aderezada de herraje y de otras cosas necesarias para tan largo camino, visto el servicio que á su majestad se hacía en ir por aquel oro, porque los indios no lo alzasen, y también por ver qué tierra era, y si era dispuesta para poblar en ella cristianos; aunque tuvo noticia que

había en ella muchos ríos y puentes de redes, y largo camino y malos pasos, determinó de ir, y llevó algunos principales que habían estado en aquella tierra; y así comenzó su camino á 14 de enero, y el mismo día pasó algunos malos pasos y dos ríos, y fué á dormir á un pueblo que se dice Totopamba, que está en una ladera. De los indios fué bien recibido y dieron bien de comer y todo lo que fué menester para aquella noche, y indios para las cargas. Otro día salió deste pueblo y fué á dormir á otro pequeño pueblo que se dice Coronga; al medio camino está un gran puerto de nieve, y por todo el camino mucha cantidad de ganados con sus pastores que lo guardan, y tienen sus casas en las sierras al modo de España. En este pueblo dieron comida y todo lo que fué menester, y indios para las cargas; este pueblo es sujeto de Guamachuco. Otro día partió deste pueblo, y fué á dormir á otro pequeño que se dice Pinga, y no se halló en él gente, porque se ausentaron de miedo. Esta jornada fué muy mala, porque había una bajada de escaleras hechas de piedra, muy agra y peligrosa para los caballos. Otro día á hora de comer llegó á un pueblo grande que está en un valle; en medio del camino hay un río grande muy furioso; tiene dos puentes juntas hechas de red, desta manera, que sacan un gran cimientito desde el agua y lo suben bien alto, y de una parte del río á otra hay unas maromas hechas de bejucos, á manera de bimbres, tan gruesas como el muslo, y tiénelas atadas con grandes piedras, y de la una á la otra hay anchor de una carreta, y atraviesan recios cordeles muy tejidos y por debajo ponen unas piedras grandes para que apesque la puente. Por la una destas pasa la gente común, y tiene su portero que pide portazgo, y por la otra pasan los señores y sus capitanes: esta está siempre cerrada, y abriéronla para que pasase el capitán y su gente, y los caballos pasaron muy bien. En este pueblo descansó el capitán dos días, porque la gente y los caballos iban fatigados del mal camino; en este pueblo fueron los cristianos muy bien recibidos y servidos de comida y de todo lo que fué menester; llámase el señor deste pueblo Pumapaecha. El día siguiente se partió el capitán deste pueblo y fué á comer á un pueblo pequeño, donde dieron todo lo necesario, y junto á este pueblo se pasó otra puente de red como la otra, y fué á dormir dos leguas de allí á otro pueblo, donde le salieron á recibir de paz y dieron comida para los cristianos y indios que llevasen las cargas. Esta jornada fué por un valle abajo de maizales y pueblos pequeños de una parte y otra de camino. Otro día domingo partió deste pueblo, y por la mañana llegó á otro pueblo, donde recibió el capitán y los que con él iban mucho servicio, y á la noche llegaron á otro pueblo, donde asimismo les fué hecho mucho servicio, y presentaron los indios de aquel pueblo muchas ovejas y chicha y todo lo demás que fué menester. Toda aquella tierra es muy abundante de ganados y maíz, que yendo los cristianos por el camino van andar los hatos de ovejas por el camino. El día siguiente partió el capitán de aquel pueblo, y por el valle fué á comer á un pueblo grande que se dice Guarax, y el señor dél Pumacapillay, donde dél y de sus indios fué bien proveído de comida y gente para llevar las cargas. Este pueblo está en un llano, pasa un río junto á él; desde

él se parecen otros pueblos, adonde hay muchos ganados y maíz. Solamente para dar de comer al capitán y á su gente que con él iba, tenían en un corral docientas cabezas de ganado. De aquí salió el capitán tarde, y fué á dormir á otro pueblo que se dice Sucaracoay, donde le hicieron buen recibimiento; llámase el señor deste pueblo Marcocana. En este pueblo descansó el capitán un día, porque la gente y los caballos venian cansados del mal camino. En este pueblo hubo buena guarda, porque era grande y Chilicuchima estaba cerca con cincuenta y cinco mil hombres. Otro día partió deste pueblo por un valle de labranzas y mucho ganado; fué á dormir dos leguas de allí, á un pueblo pequeño que se dice Pachicoto. Aquí dejó el camino real que va al Cuzco y tomó el de los llanos. Otro día partió deste pueblo, fué á dormir á otro que se dice Marcara; el señor dél se llama Corcora; este es de señores de ganado que tienen en él sus pastores, y en cierto tiempo del año los llevan allí á apacentar, como hacen en Castilla, en Extremadura; deste pueblo corren las aguas hácia la mar, y se hace el camino difícil, porque toda la tierra adentro es muy fría y de mucha agua y nieve, y la costa muy caliente, y llueve muy poco, que no basta para lo que siembran, sino que de las aguas que bajan de la sierra riegan la tierra, la cual es muy abundosa de mantenimientos y frutas. Otro día partió deste pueblo, y por un río abajo de frutales y labranzas fué á dormir á un pueblo pequeño que se dice Guaracanga, y otro día fué á dormir á un pueblo grande que se dice Parpunga, que está junto á la mar; tiene una casa fuerte con cinco cercas ciegas, pintada de muchas labores por de dentro y por de fuera, con sus portadas muy bien labradas á la manera de España, con dos tigres á la puerta principal. Los indios deste pueblo anduvieron remontados, de miedo de ver una gente nunca antes vista y los caballos, de los cuales se maravillaban mas; y el capitán les hizo hablar por la lengua que llevaban, asegurándolos, y ellos sirvieron bien. En este pueblo tornó á tomar otro camino mas ancho, que está hecho á mano por las poblaciones de la costa, tapiado de paredes de una parte y de la otra. En este pueblo de Parpunga estuvo el capitán dos días porque la gente descansase y por esperar herraje. Partiendo el capitán deste pueblo, pasaron él y su gente un río en balsas y los caballos á nado, y fué á dormir á un pueblo que se dice Guamamayo, que está en un barranco sobre la mar; junto á este pueblo se pasó otro río á nado con mucha dificultad, porque iba muy crecido y furioso. En estos ríos de las costas no hay puentes, porque van muy grandes y deramados; el señor deste pueblo y su gente lo hicieron bien en ayudar á pasar las cargas, y dieron muy bien de comer á los cristianos, y gente para las cargas. Deste pueblo partió el capitán con su gente á 9 días del mes de enero, y fué á dormir á otro pueblo sujeto de Guamamayo, que son tres leguas de camino, la mayor parte poblado de labranzas y arboledas y frutales; el camino limpio y tapiado; este día fué á dormir á un pueblo muy grande que está cerca de la mar, que se dice Guarna. Este pueblo está en un buen sitio, tiene grandes edificios de aposentos; los cristianos fueron bien servidos de los señores del pueblo y de sus indios, y dieron todo lo que tu-

vieron menester en aquel día. Luego el siguiente día se partió el capitán y su gente, y fueron á dormir á un pueblo que se llama Llachu, que se le puso nombre el pueblo de las Perdices, porque en cada casa había muchas perdices puestas en jaulas. Los indios deste pueblo salieron de paz y holgaronse mucho con el capitán y sirviéronle bien, y el cacique deste pueblo nunca pareció. Otro día partió el capitán deste pueblo algo de mañana, porque le habían hecho saber que era grande la jornada, y fué á comer á un pueblo grande que se llama Suculacumbi, que hay cinco leguas de camino. El señor del pueblo y los indios salieron de paz y dieron todo lo necesario de comida para aquel día; y á hora de vísperas salieron el capitán y su gente deste pueblo por allegar otro día al pueblo donde estaba la mezquita; y pasó un gran río á vado y por el camino tapiado, y fué á dormir á un lugar del sobredicho pueblo, legua y media dél. Otro día domingo, á 30 de enero, partió el capitán deste pueblo, y sin salir de arboledas y pueblos llegó á Pacalcami, que es el pueblo donde está la mezquita. A medio camino está otro pueblo, donde el capitán comió. El señor de Pacalcami y los principales dél salieron á recibir á los cristianos de paz y mostraron mucha voluntad á los españoles. Luego el capitán se fué á posentar con su gente á unos aposentos muy grandes que están á una parte del pueblo, y luego dijo el capitán que iba por mandado del señor Gobernador por el oro de aquella mezquita, que el Cacique había mandado al señor Gobernador, y que luego lo juntasen y se lo diesen, ó lo llevasen adonde el señor Gobernador estaba; y juntándose todos los principales del pueblo y los pajes del ídolo, dijeron que lo darian, y anduvieron disimulando y dilatando. En conclusión, que trujeron muy poco y dijeron que no había mas. El capitán disimuló con ellos, y dijo que quería ir á ver aquel ídolo que tenían y que lo llevasen allá, y así fué llevado. El ídolo estaba en una buena casa bien pintada; en una sala muy oscura, hidionda y muy cerrada; tienen un ídolo hecho de palo muy sucio, y aquel dicen que es su dios, el que los cria y sostiene y cria los mantenimientos; á los piés dél tenían ofrecidas algunas joyas de oro; tiénelo en tanta veneración, que solos sus pajes y criados que dicen que él señala, esos le sirven, y otro no osa entrar, ni tienen á otro por digno de tocar con la mano en las paredes de su casa. Averiguóse que el diablo se reviste en aquel ídolo y habla con aquellos sus aliados, y les dice cosas diabólicas que manifiesten por toda la tierra. A este tienen por dios y le hacen muchos sacrificios; vienen á este diablo en peregrinación de trescientas leguas con oro y plata y ropa, y los que llegan van al portero y piden su don, y él entra y habla con el ídolo, y él dice que se lo otorga. Antes que ninguno destes sus ministros entre á servirle, dicen que ha de ayunar muchos días y no se ha de allegar á mujer. Por todas las calles deste pueblo y á las puertas principales dél, y á la redonda desta casa, hay muchos ídolos de palo, y los adoran á imitación de su diablo. Hase averiguado con muchos señores desta tierra que desde el pueblo de Catamez, que es al principio deste gobierno, toda la gente desta costa servía á esta mezquita con oro y plata y daban cada año cierto tributo; tenían sus casas y mayordomos adonde echaban el tributo,

adonde se halló algún oro y muestra de haber alzado mucho mas; averiguóse con muchos indios haberlo alzado por mandado del diablo. Muchas cosas se podrian decir de las idolatrías que se hacen á este ídolo; mas por evitar proleidad no las digo, mas de cuanto se dice entre los indios que aquel ídolo les hace entender que es su dios y que los puede hundir si le enojan y no le sirven bien, y que todas las cosas del mundo están en su mano. Y la gente estaba tan escandalizada y temerosa de solamente haber entrado el capitán á verle, que pensaban que en yéndose de allí los cristianos los habia de destruir á todos. Los cristianos dieron á entender á los indios el gran yerro en que estaban, y que el que hablaba dentro de aquel ídolo es el diablo, que los tenia engañados, y amonestáronles que de allí adelante no creyesen en él ni hiciesen lo que les aconsejase, y otras cosas acerca de sus idolatrías. El capitán mandó deshacer la bóveda donde el ídolo estaba y quebrarle delante de todos, y les dió á entender muchas cosas de nuestra santa fe católica, y les señaló por armas para que se defendiesen del demonio la señal de la cruz †. Este pueblo de Xachacama es gran cosa, tiene junto á esta mezquita una casa del sol, puesta en un cerro, bien labrada, con cinco cercas; hay casas con terrados, como en España; el pueblo parece ser antiguo, por los edificios caidos que en él hay; lo mas de la cerca está caída. El principal señor dél se llama Taurichumbi. A este pueblo vinieron los señores comarcanos á ver al capitán con presentes de lo que habia en su tierra y con oro y plata; maravilláronse mucho de haberse atrevido el capitán á entrar donde el ídolo estaba y haberle quebrantado. El señor de Malaque, llamado Lincoto, vino á dar la obediencia á su majestad, y trujo presente de oro y plata; el señor de Hoar, llamado Alincay, hizo lo mismo; el señor de Gualco, llamado Guarilli, asimismo trujo oro y plata; el señor de Chíncha, con diez principales suyos, trujeron presentes de oro y plata; este señor dijo que se llamaba Tambianvea, y el señor de Guarva, llamado Guaxelapaicho, y el señor de Colixa, llamado Aci, y el señor de Sallicaimarca, llamado Ispilo, y otros señores y principales de las comarcas traian sus presentes de oro y plata, que se juntó, con lo que fué sacado de la mezquita, noventa mil pesos. A todos estos caciques habló el capitán muy bien, agradeciéndoles su venida; y mandóles, en nombre de su majestad, que siempre lo hiciesen así, y enviélos muy contentos.

En este pueblo de Xachacama tuvo el capitán Hernando Pizarro noticia que Chilicuchima, capitán de Atabalipa, estaba cuatro jornadas de allí con mucha gente y con el oro, y que no queria pasar de allí, antes decia que venia á dar guerra á los cristianos. El capitán le envió un mensajero asegurándole, y enviéle á decir que viniese con el oro, que ya sabia que su señor estaba preso y habia muchos dias que le esperaba, y que tambien estaba enojado el señor Gobernador de su tardanza, y otras muchas cosas le envió á decir, asegurándole para que viniese; porque él no podia ir á verse con él, porque habia mal camino para los caballos, y que en un pueblo que estaba en el camino, el que mas presto llegase aguardase al otro. Chilicuchima envió á decir que él haria lo que el capitán mandaba, y que en ello

no habria otra cosa. Y así, el capitán se despachó del dicho pueblo de Xachacama para venir á juntarse con Chilicuchima, y por las mismas jornadas vino hasta el pueblo de Guarva que está en el llano junto á la mar, y allí dejó la costa y tornó á entrar por la tierra adentro. A 3 dias del mes de marzo salió el capitán Hernando Pizarro del dicho pueblo de Guarva, y caminó por un rio arriba, cercado de muchas arboledas, todo aquel dia, y á la noche fué á dormir á un pueblo que está en la ribera deste rio; este pueblo donde el capitán fué á dormir está sujeto al sobredicho pueblo de Guarva, y llámase Guaranga. El dia siguiente partió el capitán deste pueblo, y fué á dormir á otro pueblo pequeño que se dice Aillon, que está situado junto á la sierra, el cual es sujeto á otro pueblo mas principal llamado Aratambo, de muchos ganados y maíz.

Otro dia, á 5 dias del dicho mes, fué á dormir á otro pueblo sujeto de Caxatambo, que se dice Chíncha. En el camino está un puerto de nieve muy agro, la nieve daba á las cinchas de los caballos; este pueblo es de muchos ganados; aquí estuvo el capitán dos dias. Sábado, á 7 del dicho mes, partió deste pueblo y fué á dormir á Caxatambo; este es un muy gran pueblo, situado en un valle hondo, donde hay muchos ganados, y por todo el camino hay muchos corrales de ovejas.

Llámase el señor deste pueblo Sachao; hízolo bien en el servicio de los españoles. En este pueblo tornó á tomar el camino ancho por donde el dicho Chilicuchima habia de ir; hay tres dias de traviesa. Aquí se informó el capitán si habia pasado á juntarse con él, como habia quedado; todos los indios le decian que habia pasado y llevaba todo el oro; y segun después pareció, ellos estaban avisados que lo dijese así, porque el capitán se viniese, y él quedaba en Jauja sin pensamiento de venir; y como se cree destes indios que pocas veces dicen verdad, el capitán determinó, aunque fué gran trabajo y peligro, de salir al camino real por donde Chilicuchima habia de venir, para saber si habia pasado, y si no fuese pasado, ir á verse con él do quiera que estuviese, así por traer el oro como por deshacer el ejército que tenia y atraerlo por bien, y si no quisiese, dar en él y prenderlo. Y así, el capitán con su gente tomó la via de un pueblo grande, llamado Pombo, que está en el camino real. Lunes, á 9 de dicho mes, fué á dormir á un pueblo que está entre sierras, que se dice Oyu. El Cacique salió de paz, y dió á los cristianos todo lo que tuvieron menester para aquella noche. Otro dia de mañana fué el capitán á dormir á un pueblo chico de pastores que está cerca de una laguna de agua dulce, que tiene tres leguas de circúito, en un llano donde hay muchos ganados medianos como los de España y de lana muy fina. Otro dia miércoles por la mañana llegó el capitán con su gente al pueblo de Pombo, y saliéronle á recibir todos los señores del pueblo y algunos capitanes de Atabalipa que estaban allí con cierta gente. Allí habló el capitán ciento y cincuenta arrobas de todo oro que Chilicuchima enviaba, y él quedaba con su gente en Jauja. Luego como el capitán se aposentó y preguntó á los capitanes de Atabalipa qué era la causa que Chilicuchima enviaba aquel oro, y no venia él, como habia prometido, ellos respondieron que porque él te-

nia mucho miedo de los cristianos no habia venido, y tambien porque esperaba mucho oro que venia del Cuzco y no osaba ir con tan poco. El capitán Hernando Pizarro hizo un mensajero desde este pueblo á Chilicuchima asegurándole, y haciéndole saber que, pues él no habia venido, que él iba adonde estaba, que no tuviese miedo. En este pueblo descansó un dia, por llevar los caballos algo aliviados para si fuese menester pelear.

Viernes, á 14 dias de dicho mes de marzo, se partió el capitán con toda su gente de pié y de caballo, y del dicho pueblo de Pombo para ir á Jauja, y este dia fué á dormir á un pueblo llamado Xacamalca, seis leguas de tierra llana del pueblo de donde partió; hay en el campo una laguna de agua dulce que comienza de junto á este pueblo, y tiene de circúito ocho ó diez leguas, toda cercada de pueblos, y cerca della hay muchos ganados, y hay en ella aves de agua de muchas maneras y pescados pequeños. En esta laguna tuvo el padre de Atabalipa y él muchas balsas traídas de Túmbez para su recreacion. Sale desta laguna un rio que va al pueblo de Pombo, y pasa de una parte dél muy sesgo y hondable, y pueden venir por él á desembarcar á una puente que está junto al pueblo; los que pasan pagan portazgo, como en España. Por todo este rio hay muchos ganados, y púsose por nombre Guadiana, porque le parece mucho.

Sábado, á 15 dias del dicho mes, partió el capitán del pueblo de Xacamalca, y fué á comer á una casa que está tres leguas de allí, donde tenia buen recibimiento de comida, y fué á dormir otras tres leguas adelante, á un pueblo llamado Carma, que está en una ladera de una sierra. Allí le llevaron á aposentar en una casa pintada que tiene muy buenos aposentos. El señor deste pueblo lo hizo bien, así en el dar de comer como en dar gente para las cargas. Domingo por la mañana se partió el capitán deste pueblo, porque era algo grande la jornada, y comenzó á caminar su gente puesta en orden, recelando que Chilicuchima estaba de mal arte, porque no le habia hecho mensajero. A hora de vísperas llegó á un pueblo llamado Yanaimalca; del pueblo le salieron á recibir; allí supo que Chilicuchima estaba fuera de Jauja, de donde tuvo mas sospecha, y porque estaba una legua de Jauja, en acabando de comer caminó, y llegando á vista della y desde un cerro, vieron muchos escuadrones de gente, y no sabian si eran de guerra ó del pueblo. Llegado el capitán con su gente á la plaza principal del dicho pueblo, vieron que los escuadrones eran de gente del pueblo, que se habian juntado para hacer fiestas. Luego como el capitán llegó, ante de apearse, preguntó por Chilicuchima, y dijéronle que era ido á otros pueblos y que otro dia se vernia. So color de ciertos negocios, él se habia ausentado hasta saber de los indios que venian con el capitán el propósito que los españoles llevaban; porque, como él via que habia hecho mal en no cumplir lo que habia prometido, y que el capitán habia venido ochenta leguas á verse con él, y por estas causas sospechó que iba á prenderle ó matarle, y por el miedo que este capitán tenia á los cristianos, especialmente á los de caballo, por eso se ausentó. El capitán llevaba consigo á un hijo del Cuzco viejo, el cual, como supo que Chilicuchima se habia ausentado, dijo que queria ir adonde él estaba; y así, fué en unas andas. Toda aquella no-

che estuvieron los caballos ensillados y enfrenados, y mandó á los señores del pueblo que ningun indio pareciese en la plaza, porque los caballos estaban enojados y los mataran. Otro dia siguiente vino aquel hijo del Cuzco, y con él Chilicuchima, los dos en andas bien acompañados; y entrando por la plaza se apeó, y dejó toda la gente, y con algunos que le acompañaban fué á la posada del capitán Hernando Pizarro á verle y á disculparse por no haber ido, como lo habia prometido, y como no le habia salido á recibir, diciendo que no habia podido mas con sus grandes ocupaciones; y preguntándole el capitán cómo no habia ido á juntarse con él, segun lo habia prometido, Chilicuchima respondió que su señor Atabalipa le habia enviado á mandar que se estoviese quedo; el capitán le respondió que ya no tenia nengun enojo dél; pero que se aparejase, que habia de ir con él adonde estaba el Gobernador, el cual tenia preso á su señor Atabalipa, y que no le habia de soltar hasta que diese el oro que habia mandado, y que él sabia cómo tenia mucho oro; que lo allegase todo, y que se fuesen juntos, y que le seria hecho buen tratamiento. Chilicuchima respondió que su señor le habia enviado á mandar que se estoviese quedo; que si no le enviase á mandar otra cosa, que no osaria ir; porque, como aquella tierra era nuevamente conquistada, si él se fuese tornariase á rebelar. Hernando Pizarro estuvo porfiando con él mucho; en conclusion, quedó que él se veria en ello aquella noche, y por la mañana le hablaria. El capitán lo queria atraer por buenas razones por no alborotar la tierra, porque pudiera venir daño á tres españoles que eran idos á la ciudad del Cuzco. Otro dia por la mañana Chilicuchima fué á su posada, y dijo que, pues el queria que fuese con él, que no podia hacer otra cosa de lo que mandaba; que él se queria ir con él, y que dejaria otro capitán con la gente de guerra que allí tenia; y aquel dia juntó hasta treinta cargas de oro bajo, y concertaron de irse desde á dos dias; en los cuales vinieron hasta treinta ó cuarenta cargas de plata; en estos dias se guardaron mucho los españoles, y de dia y de noche estaban los caballos ensillados, porque aquel capitán de Atabalipa se vido tan poderoso de gente, que si hobiera dado de noche en los cristianos hiciera gran daño. Este pueblo de Jauja es muy grande y está en un hermoso valle; es tierra muy templada, pasa cerca del pueblo un rio muy poderoso; es tierra abundosa; el pueblo está hecho á la manera de los de España, y las calles bien trazadas; á vista dél hay otros pueblos sujetos á él; era mucha la gente de aquel pueblo y de sus comarcas, que, al parecer de los españoles, se juntaban cada dia en la plaza principal cien mil personas, y estaban los mercados y calles del pueblo tan llenos de gentes, que parecia que no faltaba persona. Habia hombres que tenian cargo de contar toda esta gente, para saber los que venian á servir á la gente de guerra; otros tenian cargo de mirar lo que entraba en el pueblo. Tenia Chilicuchima mayordomos que tenian cargo de proveer de mantenimientos á la gente; tenia muchos carpinteros que labraban madera, y otras muchas grandezas tenia acerca de su servicio y guarda de su persona; tenia en su casa tres ó cuatro porteros. Finalmente, en su servicio y en todo lo demás imitaba á